

Horizonte Internacional

FRANCIA.—El Estado renunciará a las leyes laicas, decretadas como intangibles hace medio siglo. La enseñanza libre podrá recibir subsidios del Estado. Ninguna ideología puede prevalecer contra la realidad que impone esta decisión. M. Paul Boncour, jefe socialista francés, acaba de hacer declaraciones sensacionales a este respecto, en nombre de la comisión de estudios para la coordinación de los problemas escolares, de la que él es presidente. La comisión, sin autoridad ejecutiva, formula esos deseos. Podrá el Gobierno cometer la imprudencia de pasarlos por alto? Podrán los ministros y diputados socialistas libertarse de sus fetiches? Nada hay tan incommovible como un sectario cuya base intelectual se deshace. Porque, en qué se va a apoyar luego? Llegarán sus colegas, más inteligentes y quizá menos obstinados, a convenirlo y ganarlo para sí?

Los partidarios de la escuela laica, única y obligatoria, habían confiado en conseguir dar unidad al país. Establezcamos, se decían, una educación común, idéntica y democrática, y los niños crecerán en ese ambiente de tolerancia mutua. Esa fue su tesis. La realidad les mostró que lo único que habían conseguido era imponer al Estado una pedagogía minoritaria, de la que resultó una violencia intolerable para gran número de familias y el desgarramiento de Francia llegó hasta la invasión alemana de 1914. Lo que entonces salvó al país no fue, ciertamente, el laicismo, sino la sagrada unión de los que hasta entonces habían sido objeto de befa, los católicos. Pero tan pronto como el enemigo fue derrotado y pasada la crisis, se tiró por la borda esta verdad y el laicismo se declaró repetidas veces

intangible, hasta que de nuevo la catástrofe de 1940 vino a demostrar lo pernicioso de su obra. Se dio entonces el estatuto de Vichy. Esa medida elemental de justicia, que daba participación a las escuelas católicas en los impuestos escolares que pagaban los padres de familia católicos, no era acto alguno de colaboración criminal con la Alemania nazi, ya que ella era la que había destruido en su dominio las escuelas confesionales en favor de su monopolio. Y ni ante la mentira se detienen para abrumar al viejo mariscal que se atrevió a tocar en lo vivo al monopolio laico. Tal vez esa fue la razón principal de que se encarnizaran contra él tan extrañamente. Esta estrechez de espíritu sobrevivió a los dolorosos exámenes de conciencia en el silencio de la ocupación, al grande regocijo de la liberación, turbado por indignas venganzas, a la subordinación de los esfuerzos con miras a la reconstitución nacional, a la traición comunista. La urgencia de unirse frente al comprometedor avance del peligro rojo salta a la vista. Sólo dentro del respeto a la libertad puede Francia encontrar su unidad verdadera. Imponer una educación del Estado contra la voluntad de un número extraordinario de franceses no es solamente injusticia, sino tiranía: un absurdo que amenaza acabar con la nación francesa.

A pesar de todos los subsidios y de todos los privilegios de que se le ha coimado, la enseñanza pública no ha podido equiparse para las tareas que tenía que desempeñar. Después de medio siglo de persecución fiscal, la enseñanza libre se halla todos los años con..... 13.750.000.000 de francos para subvenir a sus necesidades. Y todavía hay quienes

dan cifras más elevadas. En la revista *Etudes* (enero, 1950), Roberto Rouquette hace mención de un presupuesto anual de dieciocho mil millones. Según E. du Buat (*Revue des Questions actuelles*, agosto, 1948) hace tres años había 11.000 escuelas primarias, 1.250 colegios de secundaria, 300 escuelas técnicas, 5 institutos católicos. Ante la ciencia internacional, único tribunal que cuenta, los Institutos católicos han roto, desde hace mucho tiempo, el monopolio de la Universidad. Cuando se fundó el Secretariado de Estudios para la libertad de la enseñanza y de la cultura, el 10 de marzo de 1948, se vio que los más brillantes escritores de Francia simpatizaban con su programa. El personal de la Universidad, que cuenta con personas dignas, se hallaba en una postura desgraciada. Aparecían como elementales, intolerantes, haciendo frente a la competencia gracias a una protección que los deshonraba.

Una fuente particular de denuestos fue el llamado "proceso de la Kermés" (1947-1948). La enseñanza primaria libre, dirigida sobre todo a las clases menos favorecidas de la fortuna, no llenaba su presupuesto con lo que los niños pagaban como gastos de escolaridad. Para completar ese déficit, se acudía a los medios clásicos: representaciones, tómbolas, kermeses, etc. Se trataba de fines de beneficencia y por ello tenían exención de la tasa impuesta a los espectáculos. No razonaron de ese modo ciertos funcionarios. Se presentaron en casa del cura y exigieron aquellos pocos francos con que, según parece, se debía beneficiar a las obras de beneficencia laica, las únicas oficialmente existentes. Se hizo un gran escándalo. Los sacerdotes se negaron a pagar y enviaron a los publicanos a las asociaciones de padres de familia, que eran las que organizaban y dirigían aquellas "kermeses". Sin embargo, al cle-ro fue a quien se citó a los tribunales, por razones que no son del todo claras. Acudieron. Difícilmente se puede imaginar la conmoción que en los pueblos y en las ciudades causaron tan extraños procesos. La emoción creció cuando los

obispos fueron como testigos a los tribunales. Un príncipe de la Iglesia, el cardenal Roques, fue en dos ocasiones, en Renne y en Montfort, observando que estos procesos se debieran más propiamente llamar "procesos de la enseñanza libre con motivo de las kermeses". Al principio los tribunales estuvieron dudosos; en el recurso mantuvieron su condenación. Se reunieron estupefactos los fieles en las iglesias. Los padres de 1.360.000 niños, que acudían a las escuelas primarias libres de Francia, no comprendieron esa condenación que era a ellos a quienes hería.

Se añadió todavía a éste el incidente de las hulleras, más sucio tal vez que el mismo de las kermeses. En los lugares mineros del Norte y en otras partes, los patronos cristianos habían puesto escuelas libres para los hijos de sus obreros. Vino la nacionalización, y el Estado, al posesionarse de las hulleras, acaparó las escuelas que dejaron de ser escuelas cristianas, para ser "laicas", es decir, sin-Dios. Era el triunfo de la ideología socialista y una derrota de los proletarios cristianos. La medida se discutió en el Parlamento. M. Robert Schumann hizo un valiente esfuerzo para defender la libertad de las escuelas cristianas; pero hubo cobardías sorprendentes. Durante la campaña electoral de primavera, los políticos no socialistas se anduvieron acusando mutuamente ante el pueblo. Era doloroso.

En definitiva, la masonería radical había logrado establecer la escuela laica, única y obligatoria. El socialismo marxista, dominado por su ideología materialista, conserva esta herencia del capitalismo. Es de observar que en materia de educación, hay menos distancia entre el socialismo y el viejo liberalismo, que entre la Iglesia católica y esos dos sistemas.

No obstante haber extendido, con los sacrificios que se sabe, su red de escuelas separadas, los católicos franceses entraron en la enseñanza laica. A fines de marzo, Pío XII recibió en Roma a 3.000 profesores e institutores de la Universi-

dad, miembros de la *Unión laica de la Enseñanza pública*. Al mismo tiempo, 30.000 padres de familia se reunieron en Toulouse para el Congreso de Enseñanza libre; exigieron que se impusiera el régimen de justicia al que tiene derecho todo francés y del que se priva injustamente a los padres católicos. Unos días después, el 3 y 4 de abril, los obispos de Francia, por primera vez desde 1906, se reunieron en una asamblea plenaria. Eran 4 cardenales, 21 arzobispos y 81 obispos. Tres cuestiones se anunciaron en la orden del día: organización del secretariado del episcopado y del secretariado de la Acción Católica, Pastoral de los sacramentos y la enseñanza libre. El cardenal Gerlier dio lectura a un informe que era la síntesis de una vasta encuesta en la que habían de participar todos los obispos de Francia, los superiores de congregaciones de enseñanza y los dirigentes laicos de numerosos movimientos escolares. La declaración del episcopado —documento de una extraordinaria importancia— fue aprobada por unanimidad, lo mismo que el informe del cardenal Gerlier, y publicada en *La Croix*, el 6 de abril.

Los obispos reclaman, como propio de su oficio pastoral, el derecho de establecer cuál ha de ser el papel de la Iglesia en materia de educación. *La única escuela plenamente satisfactoria para un cristiano es la escuela cristiana. El deber que la Iglesia impone a los padres católicos de confiarle sus hijos está dentro de la lógica misma de la fe.* En un país dividido por las creencias, el Estado puede poner escuelas neutras a disposición de las familias que las desean; pero no tiene derecho para impedir que los padres católicos envíen sus hijos a las escuelas que prefieran:

En un gran número de casos, sólo los favorecidos de la fortuna o con cierta holgura económica están en disposición de poder escoger para sus hijos determinada escuela. Privados de toda ayuda financiera, los padres no pueden enviar a sus hijos a la escuela libre, sino a precio de sacrificios exorbitantes que, ni aun así, les permiten asegurar una retribución suficiente a maestros cuyo magnífico sacrificio les es duro no poder recompensar más dignamente. En qué queda entonces la solemne afirmación con-

tenida en el artículo 26 de la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*, promulgada el 10 de diciembre de 1948, y que Francia firmó: "Los padres tienen con prioridad el derecho de escoger el género de educación que han de dar a sus hijos?"

Y un poco más abajo:

"Nos dirigimos lealmente a todas las almas rectas, cualquiera que sea su posición filosófica o confesional, y les decimos: Es tolerable que, en un país que se honra de haber combatido por la libertad y que proclama voluntariamente que todas las libertades son solidarias, un padre se vea, de hecho, despojado de una de las más sagradas, que ha venido a ser, quieras que no, privilegio del dinero?"

A esta lógica, apoyada en el artículo 26 de la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*, no se podía responder sino con la adhesión, con el silencio o con palabras gruesas. M. Paul Boncour y su comisión se honraron aprobándola. M. Spaak, por otra parte, ha orientado también el socialismo belga en esa misma dirección. Otros prefirieron las palabras gruesas. M. Albert Bayet, presidente de la Liga de Enseñanza, habló de "prelados petainistas" y de "nostalgia de Vichy", sin que por eso propusiera otra interpretación de la Declaración de los Derechos del Hombre. A lo largo y ancho del mundo, por todas partes donde los padres cristianos tienen interés en que sus hijos sean educados en la religión de sus padres, se sigue esta lucha con la atención más despierta.

ESPAÑA.—El 18 de julio, con ocasión del viaje del almirante Sherman a Madrid, Dean Acheson anunció que los Estados Unidos se iban a poner de acuerdo con España acerca de ciertos problemas de orden militar. Un viejo rastro heredado de la presión soviética sobre Europa Central y América está en vías de desaparecer. No será sin que todavía se alcen remolinos.

Durante la última guerra, España permaneció neutral en el conflicto que enfrentó al Eje con las potencias occidentales. Si favoreció a una de las partes, ésta fue más bien la del grupo angloamericano. Al principio, Alemania com-

pró algo más, porque disponía de los enormes créditos acumulados durante la guerra civil; éstos, en 1943, casi habían sido ya consumidos y la balanza comercial se inclinó fuertemente del lado de los aliados. Ese año, Alemania compró 500.000 toneladas de mineral de hierro y sólo Inglaterra 925.000; Alemania adquirió 43.000 toneladas de pirita, Inglaterra 210.000. Pero lo que más se disputaban era el volframio o tungsteno, de extrema importancia bélica y cuyo precio subió de 8 pesetas el kilo en 1939 a 300 en 1943. En 1943, Alemania adquirió 1.445 toneladas, los Aliados, 2.770. Durante los meses que precedieron al desembarco aliado, los envíos de tungsteno a Alemania cesaron casi totalmente.

España, alentando la formación y la salida de la Legión Azul (según A. A. Gromyko, 47.000 hombres y una escuadrilla), cometió un acto de hostilidad contra la Unión Soviética. Bien es verdad que la U.R.S.S. había asumido la misma responsabilidad enviando sus voluntarios a España durante la guerra civil, que el Komintern había amotinado al mundo contra España organizando, equipando y revituallando las Brigadas internacionales. España, por otra parte, se sentía obligada con la Alemania nazi, que había enviado a España, durante la guerra civil, la división Condor, cuyos servicios le costaron 374.000.000 de reich-marcos.

Una vez conseguida la victoria, la Unión Soviética quiso ajustarle las cuentas al general Franco. Comenzó por hacer que se excluyera a España de la conferencia de San Francisco y de las Naciones Unidas. El 15 de noviembre de 1945, el gobierno francés (en el cual tomaban parte los comunistas) propuso a Inglaterra y a los Estados Unidos romper con Franco y reconocer al gobierno en exilio. Por el mismo tiempo la U.R.S.S. se asimilaba las tajadas del mundo que le acababan de servir en Yalta y Postdam, y reclamaba, en nombre de la Georgia, el territorio de Trebisonda en Turquía, en nombre de la Armenia soviética, Kars y Ardahán. El resto de Turquía debía desaparecer en

el Kurdistán, del cual insistentemente se hablaba y que había de reunir también al Azerbaidján iraníano. Francia se disponía a cerrar la frontera española el 26 de febrero de 1946. Los Estados Unidos hacían presión sobre Chiang-Kai-Shek, que llegaba en su triunfo hasta la Manchuria, para que diese lugar en su gobierno a los comunistas chinos. En Toronto, el déan rojo había llevado, en una misión misteriosa, a un arzobispo soviético, Alexis Jaroslav y Rostov, para que se hiciese retratar con el alcalde de la ciudad. En Nueva York, Julián Huxley proclamaba ante los periodistas que el secreto atómico debía ponerse a la disposición de las "Naciones Unidas". Todo marchaba a gusto de la U.R.S.S., cuando, el 15 de febrero de 1946, estalló el asunto Gouzenko, que había de tener una importancia decisiva en el mundo. A partir de ese día, la Unión Soviética, desenmascarada, sin velo, descubierta, no podía ya contar sino con sus satélites.

El 9 de abril de 1946, Polonia (la de Bierut) presentó a las Naciones Unidas una acusación contra España. La prensa de la U.R.S.S. suministraba los datos detallados: España tenía en pie de guerra un millón de soldados, al mando de 50.000 oficiales alemanes; 400.000 hombres estaban concentrados en la frontera, prontos para invadir a Francia. Los sabios hitlerianos se entregaban en España a las investigaciones atómicas. El peligro de guerra era inminente y había que acudir a él con urgencia.

La Unión Soviética y su grupo quería que España fuese tenida en cuarentena, que las naciones rompiesen sus relaciones diplomáticas y acabaran de comerciar con ella. Las uniones obreras, confederadas en la Federación mundial de sindicatos, recibieron la orden de no descargar mercancías españolas y dejar que los cargamentos se pudriesen en los muelles. Las cajas de naranjas y de tomates resistirían difícilmente a una huelga prolongada. Estas medidas habían de provocar una crisis violenta, la ruina del régimen, la vuelta al poder de un "frente

popular" semejante al de los hermosos años de 1934 a 1936, por distinta manera tan violentos como los que subsistieron en Francia hasta la crisis del 4 de mayo y en Italia hasta el 14 de mayo de 1946. No se trataba ya de desviar la atención del espionaje soviético en el Canadá y en los Estados Unidos, ni de liquidar a Franco para saciar una antigua venganza. Todavía en abril de 1946, un trastorno en España amenazaba arrojar a toda Europa tras la cortina de hierro. Y no fue ciertamente la clarividencia ni la energía de nuestros gobiernos lo que nos salvó de ello.

A todo lo largo de ese año se prolongó el asunto. Por fin, el 12 de diciembre de 1946, siempre a base de una proposición de Polonia y después de un enérgico discurso de Gromyko, la Asamblea General de las Naciones Unidas recomendó a sus miembros que retirasen a sus diplomáticos, que se excluyese de toda organización relacionada con las Naciones Unidas, aun de la Unión Postal Universal, a una España arrinconada fuera de la humanidad, y que se acabase todo comercio con ella. En la votación, la Gran Bretaña y los Estados Unidos se abstuvieron, juzgando que no era conveniente darle a la Unión Soviética la batalla en ese terreno. Franco entendió que eso era pagarle a la Unión Soviética con "moneda de apaciguamiento", y no lo llevó a mal. Los españoles se apretaron en su derredor. España, sola, siguió subiendo la cuesta de su reconstrucción.

Los embajadores se fueron; el comercio quedó. El comercio internacional de España se resume de esta manera en pesetas oro:

	Importación	Exportación
1947	1.214.000.000	938.000.00
1948	1.439.000.000	1.106.000.000
1949	1.435.000.000	1.246.000.000
1950	1.195.000.000	1.241.000.000

Exportaba sobre todo frutas, tomates, vino, aceite de oliva y tejidos. Necesitaba sobre todo trigo (estos últimos años las cosechas habían sido pésimas). España

compró al Canadá, en 1950, trigo por valor de 5.143.201 dólares y harina por valor de 250.000 dólares; le compró también algodón para hilados, máquinas, petróleo y carbón. Especialmente comerció con Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Así, durante los tres primeros meses de 1951, Inglaterra compró el 19% de las exportaciones españolas; Estados Unidos el 14% y Francia el 8%.

La prensa de estos tres países ha tratado a España con una dureza desacomtumbrada, impropia de la finura con que de ordinario se tratan expendedores y clientes. Amontonaba toda clase de rumores y los hacía circular por Europa, anunciando de tiempo en tiempo una inminente revolución. Que había una huelga? El régimen se venía abajo. Que los obispos aludían a algún malestar social, a alguna injusticia? El edificio franquista se tambaleaba.

Por fin se vino a caer en la cuenta de que no era precisamente Franco el que ponía en peligro la paz del mundo en Indonesia, en Indochina, en Malasia, en el Tibet, en Corea, en Filipinas, en Irán; el que obligó a los norteamericanos a hacer el célebre *airlift* para que Berlín no pereciera de hambre; el que sostenía en diversos países la multitud de espías que al fin se acabó de descubrir, detener, juzgar y condenar. Nada sucedió cuando en 1948 Francia abrió sus fronteras con España. Alguien que no era ciertamente español (ni Quijote) había estado peleando con molinos de viento. Pudo hacérseles sus ligeras afrentas a los diplomáticos y agentes comerciales españoles; ellos conservaron su serenidad. Algo valía su palabra, y ni ellos se ponían a precio de venta ni corrompían tampoco a nadie. Además la situación mundial se ponía cada vez más tirante. La producción del tungsteno no trae provecho en tiempo de paz: en 1945 había bajado en España a 300 toneladas; subió en 1946 a 400, en 1948 a 800. En 1949, la exportación de España fue por valor de 1.990.000 pesetas oro; en 1950, 3.312.000. Sabemos que la conferencia internacional de materias primas, que

se reunió el 6 de julio de 1951, ha señalado las cantidades siguientes: Australia, 165 toneladas; Congo Belga, 35; Bolivia, 600; Brasil, 125; Nueva Zelanda, 5; Portugal, 500; Estados Unidos, 20; España, 240. Y aunque otros factores han pesado en esta decisión, conviene que no nos hagamos ilusiones: dos son los grandes centros de tungsteno en el mundo: España y Portugal y la China. Pero ésta se halla ya del otro lado de la cortina de hierro.

En enero de 1950, Dean Acheson sugirió que la decisión de 1946 fuese rescindida y que cada país tomase con respecto a España la actitud que juzgase oportuna. La idea se abrió camino. El 4 de noviembre de 1950, la Asamblea adoptó una proposición de ocho países iberoamericanos que anulaba la decisión de 1946 (fueron 38 votos contra 10 y 12 abstenciones). No se trataba de aprobar la política interior española; quedaba en pie el preámbulo que condenaba a España por haber ayudado a Alemania y que afirmaba que Franco no representaba a España. Se dejaba a cada país el cuidado de arreglar sus relaciones diplomáticas y comerciales con ella, y se la admitía en las organizaciones internacionales de las Naciones Unidas. Los diez votos negati-

vos fueron los de los países de Europa Oriental a los que se juntaron el Uruguay, México y Guatemala. Las abstenciones fueron de Australia, Birmania, Cuba, Dinamarca, Etiopía, Francia, India, Indonesia, Nueva Zelanda, Noruega, Suecia, Gran Bretaña.

Cuando, no hace mucho, los Estados Unidos anunciaron su acercamiento a España, los servicios del Quai d'Orsay, en Francia, desconfiaron: "Este proyecto ni es compatible con las ideas de la alianza occidental, como quedan definidas en el preámbulo del Pacto del Atlántico, ni justificado por ninguna necesidad urgente, ya que nada amenaza la seguridad de España. Las aparentes ventajas estratégicas, añaden, serán anuladas por la real confusión que pondrá en la unidad moral y política de la comunidad atlántica". De este resumen, que apareció en *La Croix* del 21 de julio, retengamos la última frase, que es la única de contenido real. La diplomacia soviética trabaja por disociar a América de Europa: podrán herencias envenenadas impedir que la comunidad del Atlántico llegue a la armonía que ha de salvarla?

José H. LÉDIT.